

LA MAR DE MIS LETRAS

Dunia Verona Campos Rodríguez

Mi punto de partida es...

Me encuentro en un momento de recuperación de mí. Escribo desde un lugar que me permite reconocermme amante de las palabras, amante de las líneas y amante del uso de las palabras que emergen desde mi corazón y mi verdad, esa verdad que he ido construyendo, afilando, transmutando conforme transito el laberinto de la vida como mujer, madre, hija, acompañante, colega, hermana.

El lugar de mi historia es uno donde escribir es un placer, un honrar mi gusto y mi talento, una necesidad de darle forma a mi fondo para comprenderme y aceptarme sin juicio. Quiero escribir lo que tejo cotidianamente para no pasar de mí, para no perder la capacidad de asombro ni el agradecimiento ante cada evento que me refuerza como persona única.

Empiezo a escribir como si lo hiciera por vez primera porque deseo plasmar sólo aquello que viene de mí, lo que quiero decir, lo que me cobija, lo que me nutre, lo que me coquetea y me hace sonreír. Empiezo a escribir como si recién hubiera descubierto el alfabeto y las hojas en blanco, como si se me desbordara todo un mar de pensamientos que durante muchas vidas estuvieron cautivos, en pausa, moviéndose lo más quedito posible para no molestar.

Escribo para mirarme, reconocermme y volverme espejo de las mujeres que me habitan y habito. Escribo para refinar mis afectos. Escribo para compartir mis latidos. Escribo para saberme viva y poderosa.

La historia de tu nombre.

Dunia Verona

¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Qué significa? Reacciones de siempre al presentarme con alguien: en la escuela, en un trabajo, en una reunión. Mi nombre siempre ha sonado raro, diferente e incomprensible pero también bonito: ¡Ay, nunca lo había escuchado! Está bonito. ¿De dónde es?

Mi madre me dijo que entre ella y mi papá eligieron el nombre en una novela de Dostoievski llamada *Crimen y Castigo*. Dunia era uno de los personajes fuertes de la historia. Les gustó el nombre y decidieron que su primogénita se llamara así. Dice mi madre que Verona fue un agregado de última hora estando ya en el registro civil. Un hermano de mi madre la acompañaba y de repente le dijo: Ponle Dunia Verona, suena bien. Y ella, sin chistar, aceptó. Cuando regresó a casa le informó a mi padre: la niña se llama Dunia Verona a sugerencia de mi hermano. Imagino la cara de mi padre... ¡ja!

Todo el tiempo fui Dunia, excepto cuando me regañaban mis papás porque muy enojados gritaban: ¡Veroooooona! De modo que el primer nombre era el cotidiano en momentos de paz y el segundo resonaba cuando el mundo estaba por desmoronarse, a causa mía, por supuesto.

Dunia ha tenido varias modificaciones: mi abuelo paterno siempre me dijo, muy intencionalmente, "Yuni"; mi hermano menor de un tiempo para acá me dice "Yunis", mi hija cuando era muy pequeña se refería a mí como "La Dunia" y varios amigos muy cercanos me llaman cariñosamente "Du".

Verona lo reservé siempre, infaliblemente, para el amor. Nadie que no fuera mi amante podría pronunciarlo. Así lo decidí un tanto por el enigma que existe alrededor de la ciudad, otro tanto por la manera en que se incorporó a mi acta de nacimiento, un tanto más porque es como la vibración más íntima de mi ser.

Cuando estuve en Verona, Italia supe que ese segundo nombre me tocaba y que mi tío fue el mensajero elegido por la vida para que esas seis letras juntas llegaran a mí. Verona sabe a mar. Verona sabe a amor. Verona sabe a flores. Tuve un gran amor italiano que siempre me dijo Verona... y esa palabra era la mejor caricia que emanaba de sus labios.

Luego decidí que soy Dunia y también Verona, y que ambos pronunciados sin pausa, con determinación y sensualidad convierten a mi nombre en la mejor melodía que puedo saborear siempre que necesito traerme de regreso, apapacharme, nutrirme, felicitarme, enamorarme.

Dunia Verona es hoy por hoy un nombre artístico, profesional, cultural, emblemático, poético. Lo escribo y me siento única, irreplicable, indivisible, agradecida por la música que me acompaña desde el registro civil hasta siempre.

Tu imagen

Yo soy Dunia Verona y me da miedo volver a silenciar mi “yo soy”...

Muchos y largos días pasaron sin reconocer mi verdadero “yo soy”, tratando de construir un “yo soy” que le sentara bien a otros, vistiéndolo del color de las circunstancias un “yo soy” aceptable, admirable, modelo.

Para mi fortuna los días actuales pintan diferente: puedo gritar mi “yo soy” incluso en silencio, un silencio que he necesitado debido al cúmulo de las complacencias en las que caí para ser una mujer reconocida y validada por los suyos, los suyos familia y los suyos profesionales.

Yo soy “jipi”, yo soy escandalosa, yo soy útero, yo soy descubrimiento, yo soy incertidumbre, yo soy libertad conquistada cada día.

Sé perfectamente lo que no soy porque durante cuarenta años lo fui muy bien...

No soy de alguien más. No soy para alguien más. No soy como alguien más. No soy quien alguien más necesita que sea.

No ha sido sencillo para cada uno de mis gestos, enunciados, movimientos, deseos y sentimientos mantener el “yo soy” enraizado, exento de golpes y tentaciones porque el mundo siempre trata de generar un “yo soy” en función del miedo a no encajar, del miedo a perder, del miedo a no ser visto. No ha sido sencillo y qué bueno porque me encuentro motivada a nutrirme y girar hacia todas las direcciones que me lleven a mi “yo soy” sonriente, fluido, aguerrido, merecido.

Me gusta decir, con los ojos cerrados y recostada boca arriba sobre el mar: “yo soy Dunia Verona”, y flotar flojita al ritmo de las aguas que son mías. Me gusta sentir que me muevo a mi ritmo, con la música de mi nombre, con los mapas de mi piel, con la luz que brota de mi corazón y me permite descubrir mi mundo distinto al que habité todo el tiempo. Mi mundo es el mar: infinito, fresco, bravío, transparente, sensual... Mi mundo es lo que vine a ofrecer, aprender, gozar, edificar... Mi mundo es lo que decido que sea desde que renuncié a vivir el mundo ideado por otros para mí... Mi mundo es el sendero que se abre con cada paso que me atrevo a dar guiada por mi “yo soy”.

Me veo y disfruto lo que veo. Me escucho y siento caricias. Me escribo y resueno, confirmado cada letra, cada frase, cada creación, deseando seguir abriendo la puerta a todo lo que he escrito en mi interior... Yo soy Dunia Verona.

La resurrección

“Fuera bragas y sostén”

Dos mil trece fue un año en el que la vida se me hizo cachitos. Viví experiencias muy intensas relacionadas con la seguridad, la fuerza, la abundancia, la sexualidad, la sensualidad, mi ser mujer y mis miedos.

Comenzando el año conocí a la creadora de la Respiración Ovárica, Alquimia Femenina. Cuando vi por primera vez a Sajeeva, con su cabello largo, negro y brillante me quedé tiesa. No sabía cómo era físicamente pero al llegar al lugar donde tomaría un taller con ella la reconocí de inmediato. Mis ojos se clavaron en los suyos y su sonrisa me hipnotizó. El encuentro con ella sembró en mí dos palabras que me acompañan desde entonces como amuletos: suavidad y fertilidad.

Estas palabras son mi muro de contención, a veces me impacto fuerte contra ellas y a veces ellas me reciben cálida y amorosamente cuando pongo de mi parte, bajo la guardia y disminuyo el ritmo de mis giros.

Suavidad y fertilidad emergieron de mi alma en una meditación donde me descubría mujer-madre divorciada con una carga pesadísima sobre mis hombros porque así me tocó, porque así lo decidí, porque el hombre que es el padre de mi hija no hacía o entregaba lo que yo consideraba que era su deber. Suavidad y fertilidad se erigieron las grandes acompañantes en mi camino para ser paciente, amorosa y comprensiva conmigo misma; en acompañantes de la madre que resuelve todo, absolutamente todo, aun a costa de ella misma.

Recuerdo que me descubrí gendarme en el arte de acompañar a mi hija que empezaba a convertirse en adolescente, y suavidad y fertilidad me dijeron que era posible otra forma de tratarla, de tratarme, de tratarnos. ¡Shock! Claro, porque para

una mujer-madre divorciada que se hace cargo de todo para sí y para su hija la única manera de sobrevivir era moverse sin piedad, trabajar sin piedad, educar sin piedad, mirarse sin piedad. Siempre fuerte. Siempre profesional. Siempre capaz. Siempre chingona. Muy envuelta en la energía masculina. Suavidad y fertilidad me obligaban pues a aceptar y reconocer la otra parte de mí, la femenina, y eso era un enorme shock. ¿Suavidad y fertilidad podrían darme todo lo que necesitaba para no desfallecer? Así comenzó mi 2013, derrumbando la creencia de que la masculinidad era la única forma de ser mujer-madre divorciada.

Quince días después del inicio del derrumbe conocí a otra mujer que no sólo confrontó mi sistema de creencias sino que me confirmó que suavidad y fertilidad efectivamente eran mis cuatas, mis aliadas, mi fortaleza. Esta otra mujer, de quien me enamoré con las entrañas, me enseñó a soltar las bragas y el sostén para darle paso a mi mujer sensual-sabia-amorosa. El taller que Rous Baltrons impartiría comenzó con una indicación jamás imaginada por mí: ¡fuera bragas y sostén! ¿Poooooooooor?, me preguntaba una y otra vez mientras cumplía anonadada con el requisito de inicio. Así como jamás imaginé que alguien pidiera eso para comenzar un taller, tampoco imaginé que hacerlo me traería la mayor libertad para ser, hacer y deshacer durante los dos días que duró el taller. Sin bragas y sin sostén por la vida... ¡Ufffff! La sensación más deliciosa que el estado de Morelos me obsequió. Sin bragas ni sostén me olí y gocé. Sin bragas ni sostén dancé y gocé. Sin bragas ni sostén lloré y gocé. Sin bragas ni sostén me entregué al ritmo de mis caderas y gocé. Salir de ese espacio para volver a casa resultaría difícil si había que vestirse nuevamente con la incomodidad y el aprisionamiento porque con las bragas y el sostén habían caído al piso las limitaciones, las etiquetas, el temor. Rous Baltrons, mujer vientre en movimiento, creó el escenario perfecto para que yo tuviera una cita de amor conmigo, su taller fue para mí el encuentro más erótico y explosivo que jamás había tenido con la mujer más importante de mi vida: yo.

Sajeeva y Rous son mujeres a las que admiro. Son mis maestras. Son mi espejo. Son un ejemplo y un camino que me lleva de regreso a mí misma. Encarnan a las mujeres que soy y que me habitan. Me recuerdan a las mujeres de mi linaje. Me muestran los aspectos más lindos que soy, que puedo cultivar, que deseo compartir. Sajeeva y Rous son las mensajeras que envió el universo para que yo despertara y me atreviera a mirar la hermosura y el poder infinito que emana de la energía femenina que se me dio, que me mueve y está en espera de que la abrace cada día más fuerte para ser la mejor versión de mí misma.

Gracias a ellas he podido descubrir a otras mujeres que tienen la preciosa misión de llevarme a ser más yo, pero de ellas ya habrá ocasión de escribir...

Cómo me veo

Me veo, la veo.

Sincronías. Toca escribir acerca del espejo... precisamente es lo que vivo hoy...

El hermano mayor de mi padre murió. Un hombre que hizo de mi infancia un jardín, una fiesta, un eterno reír. Me regaló tres primos que siempre ha sido mis hermanos.

Mi refugio. Mi sostén. Mi compañía por muchos años.

Murió el hijo mayor de mi abuela paterna y ella se hizo presente...

Me han dicho que me parezco a mi abuela paterna. Se dirigen a mí como si fuera ella. Algunas veces para bromear, varias más para molestar. Y digo molestar porque mi relación con la abuela no ha sido amorosa, cordial ni cercana por razones tan diversas como pensamientos y formas de mirar el mundo existen.

En estos días de duelo la familia se ha reunido. La abuela que vive en una comunidad de la sierra de Guerrero viajó a la gran urbe para despedir a su primogénito. Yo sabía que ella estaría aquí y desde el inicio de la pérdida sentí miedo, angustia, molestia. El espejo se abrió delante de mí, me atrapaba. Sabía y

sentía a mi abuela frágil, doliente, triste pero lo que ella dejaba ver era seriedad, rigor, y esa imagen es el reflejo que ha hecho que durante muchos años yo me pelee conmigo al ver mis ojos que son casi los suyos.

Durante estos días de duelo la miraba tratando de encontrar un poquito de dulzura. Deseaba que al menos en ese momento de dolor compartido ella se diera permiso de mostrar el otro lado de su ser... pero no sucedió. Se mantuvo rígida, autoritaria, tan señora dando órdenes. Y no me gusta porque esa imagen es la que se me viene cada vez que estoy frente al espejo pues traigo tan dentro mío que nos parecemos, que sus ojos y los míos son la misma cosa...

Esas largas horas en que el dolor se convirtió en punto de encuentro me mantuve haciendo limpieza de recuerdos y repitiéndome a modo de mantra: te honro, abuela. Palabras a las que una se aferra para no caer en la trampa de la amargura... te honro, abuela...

Poco a poco he ido sanando mi tejido. Poco a poco he ido acomodando las piezas de mi árbol genealógico. Y cuando digo acomodando me refiero a la aceptación y el agradecimiento por la familia en la que me inserté y de la que he recibido hebras que me dan forma.

Delante del espejo reconozco las células que mi abuela paterna me heredó, rasgos que afianzan el linaje pero que también me permiten tomar distancia, decidir lo que quiero recibir a manos llenas y lo que es mejor dejar pasar sin enrollarme...

En estos días abracé el espejo y hasta me atreví a susurrar: abuela, saberte parte de mí es más grande que cualquier abismo... Sé que mis susurros le llegan y sé también que mis susurros reestructuran nuestro tejido. Eso es una gran noticia, aquí, hoy. Sonríe. Ella es Juana y yo Dunia Verona.

Tus mapas

Palo fierro. Obsidiana. Vidrio. Plástico. Plastilina. Papel. De cuanto material se cruce en mi camino ellas llegan a mi altar.

Las ballenas son para mí el espíritu guía.

No sé cuándo fue que me cautivaron por vez primera pero desde hace diez años empecé a mirarlas cuidadosa y obsesivamente, y a buscarlas disciplinadamente en cada espacio que habito.

Mi gusto por ellas se hizo evidente de la mano de un amor... acaso porque con los amores de verdad lo más genuino de una aflora fácil e intenso.

Ese amor venía de un mar plagado de ballenas. Los ojos de él me mostraban la vida cetácea. Cuanto más me enamoraba de él, las ballenas se convertían en amores paralelos. Un día el amor por él cumplió su ciclo pero el amor por ellas siguió, cada vez más fuerte, como un torbellino, revelando un camino de gozo y hallazgos sin explicación. Y sin desilusión...

Me fui llenando de ballenas y construí un altar. Compré un esquinero de vidrio templado y ahí fui colocando cada ballena que llegaba a mis manos. Al principio el altar estaba formado de ballenas que yo adquiría y luego se nutrió con regalos que venían a mí como imanes.

De pronto mis cercanos se percataron de mi enorme "gusto" por ellas y se dieron a la tarea de buscarlas en sus espacios... fue increíble el entusiasmo con el que me entregaban los regalos: "la vi y no pude dejar de pensar en ti...".

El altar es una memoria viviente del amor. Si están en mi altar son sagradas. Me pierdo al verlas. Grito sin piedad al toparme con una de ellas en la calle, en el mercado, en una tienda de ropa; en lugares nunca imaginados ellas salen a mi encuentro.

Tan sagradas son para mí que cuando trabajo con mujeres las ballenas están al centro, diciéndonos: “conozco tu hogar, sígueme”.

Ellas me enseñan la fusión entre fuerza y elegancia. Me ayudan a encontrar el equilibrio. Me comparten la belleza de la danza chorreante, esa que emana de lo más profundo de la mujer que se abraza a sí misma y se mueve desde su propio ritmo.

Cuando tengo en mis manos a cada una de las hermosas integrantes de mi altar enloquezco al sentir las formas de su cola: es una preciosura el corazón que naturalmente las constituye, un corazón que fluye en las aguas embelesando a testigos afortunados.

Soy íntimamente cetácea. Disfruto su presencia de mil formas, colores y texturas. Estoy convencida de que cada noche me cantan y apaciguan mi corazón. Me susurran las olas y me muestran el color de lo hondo, lo calmo y lo puro.

El amor las trajo a mí. Cierto es que los amores de verdad despiertan lo sagrado. Agradezco a ese amor que con sus ojos me llevó a mi hogar.

Tus huellas

Mis huellas nacieron de mi cicatriz.

Hace catorce años di a luz a una niña por cesárea. Tuve un embarazo sin complicaciones y casi nada de información respecto al parto. Llegué al hospital con la única certeza de que ya era momento de dejar de estar embarazada.

Mi hija salió al mundo por el vientre y la huella de su nacimiento ha sido la llave maestra para acceder a los pantanos.

Por más de una década, al verme y tocarme, sentí furia y en mi mente predominó el momento en que al saber de mi herida no paré de berrear: “¡yo no quería que me abrieran!”.

Fueron más de diez años los que dediqué a minimizar la flexibilidad y entrega de mi útero. Afortunadamente una se aburre de sí misma y para. Llegó el día en que me sentí cansada de tanta queja y berrinche y decidí abandonar la pelea con mi piel. Miré... Sentí... Volví a mirar...

Cuando cambié de actitud mi cicatriz fue empática: su textura dejó de ser amarga, su color me coqueteaba y su forma me invitaba al tacto. Miré... Sentí... Recordé...

La línea que partió mi vientre devino camino. Reveló la luz del amor para mi hija y para mí.

Miré... Sentí... Acepté...

En dosis pequeñas bebí la dulzura de esa puerta y comprendí que si bien es dolor sobre todo es sendero: en ella me he descubierto capaz, solidaria, apasionada.

Inicié la travesía sobre mis tejidos. Escuché el mensaje. Abrí el regalo. Me di a la alquimia y creé.

Con ayuda de la Respiración Ovárica Alquimia Femenina diseñé un espacio para las mujeres cuya manera de traer a la luz a sus hijos no ha sido amorosa, respetada, satisfactoria. Parí un taller llamado “Salvemos al periné” y gracias a él mi cicatriz ha llorado con otras mujeres, les ha mostrado que es posible bendecir la herida, las ha animado a descubrir el talento que brota en cada una, les ha compartido su medicina.

Mis huellas son más profundas cada vez que acaricio mi vientre desde la aceptación, cada vez que me coloco frente al espejo y veo a mi hija entrando a mi vida a través de la cicatriz, cada vez que recuerdo con mi corazón expandido la sanación que ha derramado en otras mujeres.

Soy promotora férrea del parto digno, amoroso y saludable, y me he dejado mover por la sonrisa para construir círculos de contención y sanación.

Fueron muchos los días dedicados al activismo encabronado. Sirvieron, lo sé. Pero hoy saboreo no sólo la efectividad de la construcción amorosa sino la belleza que le otorga a mis pasos.

Tus ecos

Se llama Laura. Fue mi compañera en la universidad y es mi amiga desde entonces. Vive en Oaxaca. La veo muy, muy poco. La tengo presente siempre. Cierta vez que tuve un mal de amores a causa de alguien a quien en vano dediqué mis pensamientos y sentimientos, mi amiga me dijo: “Dunia, escucha el mar”.

En aquel momento no supe la profundidad de sus palabras, escritas a mano en una linda nota, pero saberme amada y sostenida por ella fue la pócima perfecta.

Escuchar el mar significa entrar en calma, abrirme a la posibilidad de la eterna e infinita paz, fluir, vaciarme, entregar todo: lo que no fue, lo que dejó de ser, incluso lo que es...

Cuando estoy muy en lo de afuera y llego a convertirme más en lo otro, olvidándome de mí, cierro mis ojos y veo las letras de mi amiga tomando voz, entonando armónicamente esa frase que tanto me sana... "Dunia, escucha el mar".

Con Laura navegué en la superficie y en lo profundo de mis miedos y mis certezas. Ambas sabíamos abrir los temas que nos llenaban el alma y jalar hilo por hilo nuestro tejido hasta volverlo una madeja nítidamente revuelta. Disfrutábamos lo banal y hacíamos piruetas hasta darle un toque de trascendencia temporal. Nos reíamos de las moscas. Nos tumbábamos en los jardines. Nos elevábamos en discusiones teóricas sin importancia. Gozábamos la mala escritura ajena porque nos daba la oportunidad de actuar como traviesas detectives del lenguaje. Éramos felices, estudiantes libres.

Su rostro. Su voz. Sus manos discursivas. Sus palabras en mi cuaderno. Toda ella es un eco fantástico que me recuerda la mujer valiente, inteligente, intensa y alegre que soy.

Se llama Cristina. Es partera. Una bomba de sabiduría, talento y amor. Sus aguerridas palabras me impulsaron cuando tuve que tomar una de las decisiones más importantes de mi vida: "Deja de dañarte a ti misma".
¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeee?

Sí. Cuando nos negamos la dicha de ser lo que deseamos, de andar los senderos que nos atraen, de pronunciar las frases que brotan del corazón y de emprender las

aventuras que se fusionan con nuestros talentos, nos hacemos daño a nosotras mismas. El más profundo y sangrante.

Cristina me aventó al fuego de la cordura. Me hizo mirar las noches de infelicidad acumulada. Me puso sobre la mesa un platillo de fuerza genuina. Me hizo saberme la más maldita conmigo. Me echó a andar la dulce furia que detona saltos cuánticos. Me ayudó a escucharme. Me acompañó a descubrirme amorosa conmigo. Tomó mis manos. Miró mis ojos. Y cubriéndome de ternura y comprensión, me dio paz.

Se llama Amaranta. Es mi hermana ovárica. Mi cómplice de las letras y el fuego terrenal. Mi maestra. Mi bruja excepcional. La mujer con quien puedo echarme al piso a vomitar mis fantasías. La niña que acompaña mis antojos de moka. La guía en el truculento viaje a ese dolor que revela caminos. Sus ojos y su sonrisa son para mí el eco del gozo de la vida. Al cerrar mis ojos y escuchar sus carcajadas tengo presente que vinimos a este mundo a vivir, disfrutar, crear, compartir, descubrir. Al cerrar mis ojos y escuchar sus letras, revivo el deseo de ser mujer sensual, caliente, erótica, orgásmica. Amaranta es el eco de mi esencia femenina. Amaranta es el eco de mi sexo húmedo en completa libertad. Amaranta es el eco de la capacidad ovárica para ser linda, libre y chingona.

Laura. Cristina. Amaranta. Eco de las mujeres que soy y acepto ser.

Tus cumbres.

Al saborear las mieles del descubrirme y aceptarme, la libertad para ser mujer es mi deseo más profundo.

Conocer sobre las formas de violencia contra la mujer, ya sea la producida por otros, otras o la de la mujer hacia sí misma; informar sobre su existencia descarada o

naturalizada; reconocer los patrones de violencia reproducidos desde la no conciencia; visibilizar, concientizar, disminuir, erradicar... todo esto ha sido un proceso en el que me he visto inmersa durante los últimos años.

He experimentado distintas etapas racionales y emocionales en torno al tema y me alegra estar en la que hoy estoy. He pasado de la furia y el susto a la reflexión con causa, a poner al servicio mis conocimientos, talentos y capacidades desde un lugar que no genere ni reproduzca más violencia, que sí abra caminos, que sí ilumine posibilidades. Este transitar ha nutrido en mí un deseo profundo --que surge y se alimenta en las entrañas-- de sembrar semillas de paz, igualdad, equidad, justicia, libertad y amor en el camino que mi hija construye, camino del cual soy hebra y guardiana. Deseo para ella la aceptación y la expansión en libertad consciente, en red tejida desde la confianza y sin la amenaza de la competencia dolorosa. Me impulsa imaginar el gozo de su rostro frente al espejo; la apropiación de su cuerpo sin velos; la explosión de sus sentidos al contacto con el amor, la ternura y la pasión; sus talentos ávidos de libre explosión y de amplitud para crear. Deseo que la mujer que día con día descubro en mí le inspire a ser la dueña de sus rutas y saboree sus propios sutiles hallazgos. Su ser mujer plena es mi cumbre.

Tus rocas.

FERTILIDAD

Representó un riesgo, algo a lo que las mujeres estamos expuestas desde la primera menstruación: “a partir de ahora debes ser muy cuidadosa porque YA eres fértil”. ¡Uy, qué susto!

Cuando me embaracé y tuve una hija el riesgo se transformó en fortuna sobre todo al saber que muchas mujeres eran declaradas infértiles: yo no había tenido que invertir dinero y emociones desgastantes para lograr un embarazo.

Después esta palabra renació en mí con filo multicolor. La connotación de riesgo pasó a la historia y la fortuna fue puliéndose hasta convertirse en un armónico YO SOY.

He hablado constantemente sobre la Respiración Ovárica Alquimia Femenina, sendero que se abrió ante mis células con intenso amor y descarada profundidad, y de cómo mi vida es otra cada día desde que me decidí a abrazar mi útero, así que esta ocasión escribana es un gran pretexto para compartir y recordarme cómo es que FERTILIDAD ha ido tomando una textura mágica gracias a ese sendero.

Producto de una encomienda con vigencia indeterminada, FERTILIDAD es melodía que acompaña mi vivir: las palabras, los movimientos, las miradas, los pensamientos y los anhelos la tienen como musa. Algunas veces su eco es tan fuerte que el impacto en cada pulsar es más notorio. Otras, definitivamente sé que está ahí acompañando pero no logro escuchar de inmediato y entonces he de esperar un poco más –un mucho-- para confirmar que YO SOY FERTILIDAD.

La Respiración Ovárica Alquimia Femenina ha sido un recorrido a detalle por mis aguas; un paseo para reconocer, descubrir y abrazar mis tejidos; un encuentro con la fertilidad cotidiana: he palpado el rostro de la fertilidad al vibrar con la sabiduría de mis ovarios, al escuchar la fuerza del útero, al respetar los deseos de mi vagina y al honrar la energía cósmica de mi periné. Me he deleitado con la fertilidad de mis manos al preparar el alimento de mi alma; me he asombrado por la fertilidad que mis labios derraman cuando se abren para acariciar corazones vulnerables; he fluido con mis ojos para recibir la fertilidad de mi silencio.

Durante este año he acompañado a mujeres abuelitas en su proceso de recuperar la salud a través de reconocerse fértiles. En cada sesión descubrimos que el cuerpo es tierra fértil para el amor propio y nos vestimos de asombro cuando útero y ovarios

se fusionan con el corazón para gritar dulcemente: “soy mujer, soy vida”. He visto cómo estas mujeres sonríen al saberse fértiles a sus ochenta años. Juntas vamos derribando la creencia de que la fertilidad sólo es posible cuando se está en edad reproductiva y comprobable cuando se ha tenido hijos de carne y hueso. En dosis pequeñas las abuelitas han bebido la seductora certeza de ser mujeres fértiles al hornear pasteles, al tejer carpetitas, al recibir terapia psicológica, al fortalecer su cuerpo con danzaterapia. Constatar su fertilidad nutre mi propia fertilidad. No es embelesamiento fugaz o verborrea motivacional: todas las mujeres somos fertilidad porque en nosotras habita la esencia de la tierra; todas las mujeres somos fertilidad porque el universo posó su mirada en nosotras para dar vida a cada instante.

FERTILIDAD hace eco en mi sangre cual río vivo. Bailo, canto y brinco salpicando la FERTILIDAD que mora en la sencillez. FERTILIDAD despierta la historia de todas las mujeres que soy. FERTILIDAD baña mis pétalos de mujer gestante del mundo.

Tu estrella

Yo, doula

Mi estrella es el acompañamiento a mujeres en procesos de transformación.

Desde que vi los regalos que la compañía y la guía traen a una mujer en trabajo de parto supe que efectivamente existe algo que hace vibrar el corazón, algo a lo que se dedica horas y horas desde el gozo y la alegría, y que quizás no se relaciona con aquello que un título universitario avala que sabes hacer.

Me formé como doula de parto con el enorme entusiasmo y la gran esperanza de presenciar el milagro del nacimiento. No tenía idea de cuándo sería porque mi trabajo de ese entonces demandaba todo mi tiempo, y para ofrecer

acompañamiento durante el parto se requiere total disponibilidad. Fue hasta que dejé el trabajo de oficina y comencé a dar servicio como doula voluntaria en un hospital materno infantil del sistema público de salud que el universo me bendijo con la fortuna más grande, indescriptible, poderosa, radiante, transformadora que he vivido. Ser testigo de cómo una mujer se abre por completo para dar a luz, y además poder acompañarla en ese proceso, es una experiencia que acaricia y expande el corazón, inunda de agradecimiento todo el cuerpo y toca las fibras más sensibles: simple y sencillamente, después de eso yo soy otra persona, otra mujer.

Cuando veo a una mujer embarazada, pienso en su fuerza, en su capacidad de gestar y en su sabiduría para parir; la veo y deseo para ella la apropiación de su cuerpo, de sus emociones, de sus deseos para dar a luz como ella sabe y quiere hacerlo; la veo y con mi trabajo, aunque no sea con ella directamente, contribuyo a la creación de mejores escenarios para gestar y parir en salud, armonía, paz y libertad.

He aprendido que cada embarazada es importante, y que una a la vez iremos transformando al mundo. Acompañar a las mujeres en el maravilloso camino de convertirse en madres es un regalo, una clase magistral, un salto de fe. He atestiguado muy pocos nacimientos pero lo que cada uno ha detonado en mí es tan tremendamente indescifrable como profundamente palpable. Cuando el cielo derrama sobre nosotras el asombro incontenible y el agradecimiento sanador, nosotras y el mundo giramos al compás del amor.

Tu contraste.

|

Soy la que soy, deseo lo que deseo, en gran medida por la experiencia con el papá de mi hija. Estuvimos casados durante 7 años. Formamos una familia a raíz del embarazo. Desde el momento de casarnos sabía que esa relación sería temporal.

Al nacer nuestra hija nos dedicamos a ser padres, olvidando el vínculo hombre-mujer. A partir de esa relación me reconocí inquieta, partidaria de la independencia, apasionada por la actividad laboral más que por el hogar, renuente a atender a un hombre. Tales hallazgos fueron el punto de quiebre. No me era posible estar en un espacio donde no construía en pareja y donde tampoco existía voluntad de mi parte para que sucediera lo contrario. Dado que la tarea de educar, cuidar, guiar, cobijar y hacernos responsables de nuestra hija la llevábamos a cabo cada uno por su lado, podríamos seguir haciéndolo sin estar bajo el mismo techo. Decidí que era mejor sonreír y ser una persona agradable en otro lado que permanecer ahí hasta agotar la paciencia y el entusiasmo. Me fui y llevé a mi hija conmigo, amparada por la ley.

El encuentro con la autonomía fue terriblemente pesado, me eché encima todas las cargas: económica, emocional, física, laboral, profesional, familiar. Los primeros meses fueron desgastantes. Viví al borde. Conseguí todos los empleos de que era capaz, de pronto me vi laborando en tres lugares al mismo tiempo y además siendo mamá de una niña que extrañaba muchísimo a su padre, lo que hacía el ambiente más cargado. ¡Fue todo un reto!

II

Independiente y todopoderosa, emprendí el vuelo. Poco a poco la vida laboral se fue asentando. Conseguí empleos más amigables en horario e ingresos. Me demostraba a mí misma y al mundo que tenía razón, yo había nacido con la estrella de la autosuficiencia casi máxima. Mi madre se convirtió en pilar indispensable para la atención de mi hija. Ella me apoyaba cuidándola y atendiéndola mientras yo trabajaba. El ambiente se empezaba a respirar cálido, benévolo, en ascenso padrísimo. Sólo requería un extra de creatividad y empeño para afrontar las consecuencias de la separación física entre mi hija y su padre. A fuerza de ensayo y error me fui moldeando para ser la mujer-madre que mi hija necesitaba en esta nueva circunstancia. Incontables veces me amordacé para no estallar con ella en contra de su padre aun cuando todo indicaba que era mi absoluto derecho hacerlo.

Silenciosamente fui guardando en un cofre íntimo las emociones y los pensamientos desagradables producto de las rencillas con mi exmarido que brotaron con potencia desde la separación, muchas de ellas por razones financieras. Mi duelo se enfocó hacia la reconstrucción de mi vínculo con mi hija, quien no estaba muy de acuerdo con mi decisión de salir del seno familiar. Noches en vela, ríos de lágrimas, estallidos hacia adentro construyeron mi nueva personalidad de mujer-madre-guerrera crecida con las adversidades. A mayor tensión mi fuerza aumentaba. Enfrenté oleadas de críticas. Y también recibí comentarios de admiración. La vida fluía “normal”.

III

Resultaba tan atractiva una mujer responsable de sí misma que los hombres se acercaron sin la preocupación de que se les requiriera para vivir. Hubo diversión, construcción, crecimiento, compañía. Pero a medida que los vínculos crecían, los hombres se esfumaban (¡qué miedo da volcarse a lo que nutre cuando no hay exigencia!): tan acostumbrados a ser controlados, los hombres perdieron el interés cuando se percataron de que no había marcaje personal de mi parte. Realmente no me interesaba tener a nadie tan cerca, tan adentro de mi vida, porque siempre ha sido prioridad para mí resguardar el espacio de mi hija. Al esfumarse los hombres seguí dedicándome a mi profesión, alimentando mi ego de superdotada y mostrando al mundo que efectivamente una mujer divorciada puede salir adelante con sus propias herramientas y bajo su propio techo. Trabajo magnífico. Pago de renta a tiempo. Nada me hacía falta. Al menos eso parecía en el mundo masculino que fui construyendo.

IV

Me enamoré de alguien que no vivía en la misma ciudad que yo. Invertí parte de mis ingresos de manera asidua para dotarme del gozo perdido. Con esa relación florecí y también toqué mi parte más oscura. Disfruté aspectos de mí hasta entonces escondidos y los exploté. Me permití ser la mujer que soy, tanto que la relación

terminó naturalmente, sin un adiós. Lo que ese vínculo me regaló fue un contexto en el que supe con claridad qué necesito de una pareja, qué estoy dispuesta a entregar y cómo quiero vincularme con un hombre. Viví feliz el proceso de autodeterminación. Extraño a ese hombre y las risas que siempre nos alimentaron. Desde que no estoy con él más consciente soy de la mujer que me habita, de sus flaquezas y sus anhelos. Mi deseo de ser amada en totalidad cada día es más profundo. El sendero que se abre ante mí y el que quiero andar está cubierto con la certeza de que merezco vivir el amor en pareja desde el respeto, un respeto que estoy aprendiendo a brindarme a mí misma y que suavemente voy tejiendo rumbo al encuentro con la hebra que enriquezca mi tejido.

V

Lo invoco sin cesar. Preparo mi vagina, mi corazón y mi mente para recibirlo...

Tu ofrenda.

Conocí el dolor profundo con la maternidad. Nunca me sentí tan vulnerable como cuando me supe madre de una niña. Cayeron sobre mí las ideas preconcebidas sobre la necesidad de que las mujeres entreguemos más de todo si a quien criamos es otra mujer. Porque mi madre, su madre y abuelas decretaron, por aprendizaje o por herencia, que la mujer sufre por el solo hecho de ser mujer. Antes de que nazcamos han augurado para nosotras una vida de sufrimiento, de peligro, de riesgo, por lo que hemos de vivir cada segundo cuidándonos de la amenaza que significa estar cerca de un hombre: el que nos dio la vida, el que nos guía, el pariente, el desconocido, el que elegimos como pareja... una no sabe en qué momento al hombre se le puede desatar el animal salvaje que lo habita y entonces es mejor tener presente que hay que cuidarse de todo lo que tenga pene. Y si un día decides que el hombre que elegiste como padre de tu hija no es ya la persona con la que quieres convivir y construir cotidianamente, la maldición de la divorciada

te llueve: ahora debes ser más cuidadosa, no cualquier hombre puede acercarse porque tienes una hija y debes protegerla de todos, así que mejor sola “por el bien de tu hija”. Y entonces la ya de por sí pesada carga ancestral de proteger a tu hija se multiplica porque de tus amores, calenturas o necesidades emocionales depende la salud física, mental y emocional de tu hija porque es mujer y es vulnerable. Además, qué ejemplo le darás al relacionarte con otros hombres que no son su padre, si ya le mostraste que puedes romper una familia de un día para otro. Sí. Así son las capas que van confeccionando el traje de la mujer que deja de pensar en sí misma porque tiene la tarea de criar a otra mujer, quien tendrá prioridad siempre según la visión heredada de ese linaje que arrastra memorias de sometimiento y abnegación sobrenatural. Y del traje se desprende el dolor. El dolor de saber que tu responsabilidad es muy grande, el dolor de ser mujer criando a otra cuya seguridad depende prácticamente de ti y de cómo enfrentas cada día tu propio riesgo de ser mujer. Un tremendo relámpago de dolor me cubrió cuando al divorciarme **mi hija padeció** el no estar cerca de su papá como antes. **Me preguntaba** todos los días si el dolor sería distinto si estuviera criando a un varón. **Me preguntaba** todos los días si mis decisiones afectarían mi imagen de mujer frente a mi hija y si no la estaría programando para vivir lo mismo. Me dolía. Sufría. No podía dejar de sentir dolor. Y fue ese dolor mi motor, lo usé para evitar a toda costa que la herida del divorcio afectara más de la cuenta la vida de mi hija. Fue alimento para buscar, siempre buscar, las mejores condiciones para mí y para mi hija. Ese dolor se transformó en ofrenda de mi diario vivir en lo familiar, emocional, laboral, social. Dolor sacrificio que me hizo acreedora de una gran admiración por el hecho de salir adelante estando sola y por dar todo por mi hija. Sí, el dolor fue mi ofrenda. Hoy conozco otras formas de dar, de darme. Hoy sé que primero me doy a mí y luego derramo en otras y otros. Vivo descubriendo el gozo de ofrendar una sonrisa para mí que luego se expande hacia otros rostros. Hoy camino senderos donde la ofrenda es más amorosa, menos mártir, más dignificante. Hoy construyo rutas que vale la pena transitar sin apego al drama.

Tus tinieblas.

Mi hija me dice que soy mala cuando no la complazco. La que fue mi suegra me dijo muchas veces mala madre porque mis habilidades se hallaban fuera de las labores domésticas. Cuando era soltera e hija de familia mis padres me dijeron mala hija por no obedecer instrucciones que para mi edad salían sobrando. Mi exmarido me dijo mala mujer por querer divorciarme.

Me reconozco hilvanando la maldad al alimentar sentimientos desagradables hacia otras personas, sobre todo cuando actúan diferente a lo que espero de ellas. Me esmero para justificar la existencia de ese sentimiento maligno y veo la forma de mantenerlo en pie ¡porque tengo razón! Cuando me canso de sostener esa bola de fuego, apelo a la cordura, me paro frente al espejo y suelto, haciendo algo de vacío para recibir la siguiente experiencia que con toda seguridad vendrá porque en mis tinieblas siempre hay alguien que no hace o no siente como debería, según dicta la impositiva mujer poseedora de la única verdad que soy.

Mis tinieblas son de claridad abrumadora desde que hago respiración ovárica y he aprendido a gozar la revelación de las sombras. Me interno en la mar de mis enojos y me topo con mis dolores; navego en las oscuras aguas de la incomodidad y veo las inseguridades que he convertido en monstruos. En ocasiones pareciera que mi única intención al abrir los ojos por dentro es reconocer las capas de mi maldad, abrazar su rostro, y saborear sus tonos y texturas hasta acariciar las raíces de mis memorias corporales.

Dese hace más de dos años y por tiempo indefinido le otorgué el trono de mis tinieblas a una mujer que fue confidente, cómplice y guía para mí. Un día nos consumió el ego y por una insignificancia rompimos toda comunicación. Si pienso en maldad la recuerdo a ella. Si la recuerdo a ella despierto mi maldad. Y no he

querido arrebatarme el trono que bien se ganó. Conservarla en ese lugar me ha ayudado a recordar cada uno de los momentos que ya no se repetirán. La maldad que nos envuelve es perfecto mecanismo de defensa, ella está ahí, muy dentro de mí... ¿para qué? Para justificarme. Para colocarme en el cómodo papel de la víctima. Para boicotearme.

Y también para espejarme, para instarme a ir cada vez más abajo, más adentro, más profundo, más cerca de mis heridas, esas que en automático crean máscaras, forman corazas y levantan muros. La mujer malvada que me habita soy yo y son otras que vienen a mí y dejo entrar para recordarme los pendientes, aquello que guardé para cuando estuviera armada con las herramientas que derrumban la ciudad de las tinieblas. Tengo muy presente una respiración en la que sentí a mi cuerpo agradecido por los regalos que las sombras trajeron a mi vida: en la solitaria oscuridad observé el rostro íntimo e infame de ese constructo social llamado maldad, me exhortaba a acunarlo mientras me susurraba una por una las heridas que poco a poco puedo sanar cuando inhalo y exhalo con cada célula, ferviente, poderosa, implacable.

Tu espíritu.

Pertenecí a un grupo juvenil católico algunos años. Antes de eso no me había aproximado más que por encima al encuentro con algo más allá de lo material. Hice mi primera comunión en la misa de la salida de sexto de primaria y pocas veces después de esa ocasión comulgué. Los momentos que viví en compañía de mis amigos y amigas del grupo juvenil, según percibo ahora, cultivaron en mí la certeza de que somos más que esto que vemos y palpamos, y que conviene tener presente esta gran noticia. Recuerdo que en ese grupo conocí la alegría genuina y tejí lazos maravillosos que constantemente daban testimonio de solidaridad, empatía, amistad, comunidad. El grupo juvenil fue mi punto de partida para transitar el camino

de contacto con una energía, una esencia, una vibración que derrama paz e inmenso amor en mí.

Mi siguiente experiencia fuerte en el terreno de lo espiritual ocurrió cuando participé por algunos meses en una comunidad cristiana: ahí sí que saboreé con intensidad la fe, toda yo fui euforia muchos meses hasta que caí en cuenta de que quienes lideraban las sesiones no eran congruentes con lo que predicaban (nada nuevo, lo sé). A pesar de que mi estancia en ese grupo fue corta lo que ahí descubrí, sentí y gocé me acompaña en el presente. Realmente agradezco haber estado ahí porque conocí formas distintas de vivir la fe y de estar alerta para emprender la retirada en aras de conservar la cordura. Católica o cristiana caminar esas rutas nutrió mi fe y mi certeza respecto a eso que desde lo alto y ancho nos sostiene, aun si nosotros no lo queremos (¡qué bueno!).

Hoy mi camino es distinto. Me lleva al mismo lugar pero el trayecto y el panorama que trae consigo es muy, muy, muy diferente a lo que experimenté antes. Puedo decir que hoy me alegro mucho de no pertenecer a un grupo en particular, de no tener una etiqueta o, en todo caso, de estar diseñando mi propia etiqueta: lo mismo me esmero en decorarla que en destruirla para volverla a diseñar.

Este camino ha emergido del contacto con mi cuerpo. ¡Cosa jamás imaginada! Ir dentro de mí por medio del cuerpo me ha llevado a descubrir en cada espacio mío el gozo, la euforia y la certeza que me dieron las experiencias anteriores. Si en el pasado acudía a un sitio en particular para llenarme de eso que no es materia, en el presente lo logro entrando en mí. Ha sido una gran revelación saber que en mis células, desde lo micro hasta la gran expansión, habita esa esencia que es paz y es amor total, gozo e intimidad sin fin. Mirar mi corazón, sentir su palpitar; mirar mi pelvis, escuchar su cadencia; mirar mis manos, saborear su música; mirar mis pies, beber su fuerza; mirar mi cabeza, volar con su susurro, todo esto ha sido posible con solo entrar en mí. El movimiento al límite en sintonía con la fuerza del silencio

que se vuelve canto en cada célula es hoy mi forma de vivir la espiritualidad: reconozco y honro la divinidad serena, sensual y potentísima cada vez que me rindo al amor que soy.

Mi punto de llegada es...

¡Me siento una talladora de palabras! Este recorrido me ha dado el regalo del abrazo íntimo. Cada frase emanó genuinamente de la fuente que soy: todo el tiempo tuve la certeza de ser mi propia voz, de darle vida a mi historia, tan personal, única, especial, irrepetible. Fue como un sueño hecho realidad. Me agolpaba el deseo de escribir sin estresarme por el número de caracteres o por lo que se esperaría que expresara debido a mi profesión o mi curriculum. Al teclear cada texto gocé la elección de las palabras. Me divertí borrando párrafos enteros al descubrirme tratando de complacer. Me eché incontables clavados a esos momentos de mi vida que creí poco importantes. Liberé del armario a personas clave de mi biografía y las reverencié con letras. Acomodé las sílabas de mi corazón: sentí vibrar mi cuerpo al traer al presente hechos e imágenes que me han marcado. Salté de alegría al saberme capaz de traducir el lenguaje de mi alma para compartirme. Descubrí que soy todas las que soy gracias a mis decisiones, sin excepción producto de esa sabia que me habita. Agradecí tener miles de experiencias para escribir. Me imaginé leyéndole en voz alta cada escrito al mar, entregándole mis memorias y mis anhelos, mostrándome genuina frente a las olas y ofrendando mi historia a la tierna bravura del océano. Tallando palabras me susurré: Dunia Verona, escucha, el mar trae consigo el eco de tu alma. ¡Gracias!